

EL primer recuerdo que guardo de Enrique Lihn es azaroso y vago, envuelto por esa rara calidad fantasmal, estampada en blanco y negro, propia de las fotos de antiguo, en que la fugacidad del instante rescatado adquiere un significado que, inmóvil en la memoria, casi siempre tendemos a eternizar. El recuerdo se entremezcla con un capítulo de la adolescencia cuando, al igual que el estudiante Torless, ingresé a la vida de cuartel y, mientras esperaba recibir el espadín que me consagrara como cadete, pasaba encerrado las semanas en el llamado alcázar de Las cien águilas, junto a los demás compañeros novatos. Los domingos eran un respiro gracias a las visitas de los familiares en que por unas horas, distraídas y cálidas, volvíamos a ser de algún modo los hijos de papá y mamá. Así fue como cierta asoleada tarde de marzo de 1950, en los jardines del Estadio Militar, ubicado en los alrededores del viejo Parque Cousiño, conocí por medio de Edgar Lihn, reclutón al igual que yo, al poeta de "Nada se escurre", libro que había publicado el año anterior. Si no me equivoco de personaje, el hermano de Edgar estaba acompañado por Alejandro Jodorowsky. Sólo conservo de aquel momento, en medio de la algarabía de la tarde, en que la banda instrumental de la Escuela, a modo de un orfeón de plaza de provincia, amenizaba el encuentro a través de unos aires chirriantes que deseaban ser vieneses, la sonrisa irónica con que el joven poeta, bajo el escarolado de sus mechas, seguía todo aquello. Al observar al intruso que, mediante el dibujo de su gesto, ponía en tela de juicio ese orden, llevé la mirada hacia donde se dirigía la suya, pero no encontré nada de extraño en la gente adulta vestida de fiesta, sentada en los bancos, que me llamara la atención. Pienso hoy que la sonrisa desdeñosa, teñida por un cierto amarillo parecido al color del té, reflejaba tal vez la incertidumbre que le provocaba aquel mundo burgués, cuajado de felicidad, donde anidaban los buenos sentimientos de una vida justa. Hasta aquí.

"Alone, no"

La segunda imagen que conservo de Enrique, fiel al calendario, pertenece a pocos meses después, en que, de paso por la casa de los Lihn, situada en la avenida Los Leones, en un pequeño y modesto chalet de estilo vagamente gótico, parecido al Tudor, tuve la oportunidad de toparme con él. Por entonces, trabajaba los fines de semana de locutor en un programa de la emisora Nuevo Mundo, que se transmitía en directo, hasta rayar la madrugada, desde una conocida quinta de recreo en La Cisterna, adonde llegaba el confuso ruido del tranvía. Dicho establecimiento se llamaba El Rosedal, en cuya pista de baile ajedrezada de baldosas, ubicada en parte al aire libre, campeaban los compases melancólicos del tango y del bolero. Con esa voz profunda ricamente modulada, gracias a la cual leía los anuncios comerciales, como así también los diálogos de Platón en las veladas bufas del Teatro Municipal, donde actuaba de payaso junto a su amigo Jodorowsky, me disparó sorprendido la palabra ¡hola!, al verme sentado en el living, suficiente como para seguir impune su camino. Recuerdo que Enrique llevaba sobre los hombros, arrebujado debido al frío de aquel invierno, un abrigo de color in-

definido que, largo y ancho como una capa, le alcanzaba casi hasta los tobillos. Sujeto bajo el brazo portaba el libro "Así habló Zaratustra", cuyo título alcancé a divisar entre los pliegues de la manga de su abrigo. En esa presencia fugaz, recogida en sí misma, sospeché a pesar de conocernos tan poco, cuán lejos estábamos el uno del otro, dedicado Lihn al oficio de las letras y yo, cadetito de primer año, a la vocación de las armas. Pertenecíamos —como observaba— a planetas distintos, pues qué punto de contacto podía haber entre ese poeta de cuello largo y ojos saltones con el adolescente, levemente hedonista, vestido de uniforme azul y negro. Tenía de la literatura, por otro lado, debido acaso a las lecturas deficientes, una idea empobrecida y servil ya que estaba, hasta entonces, subordinado como lector a las supersticiones fonéticas de los criollistas que enseñaban los profesores de castellano.

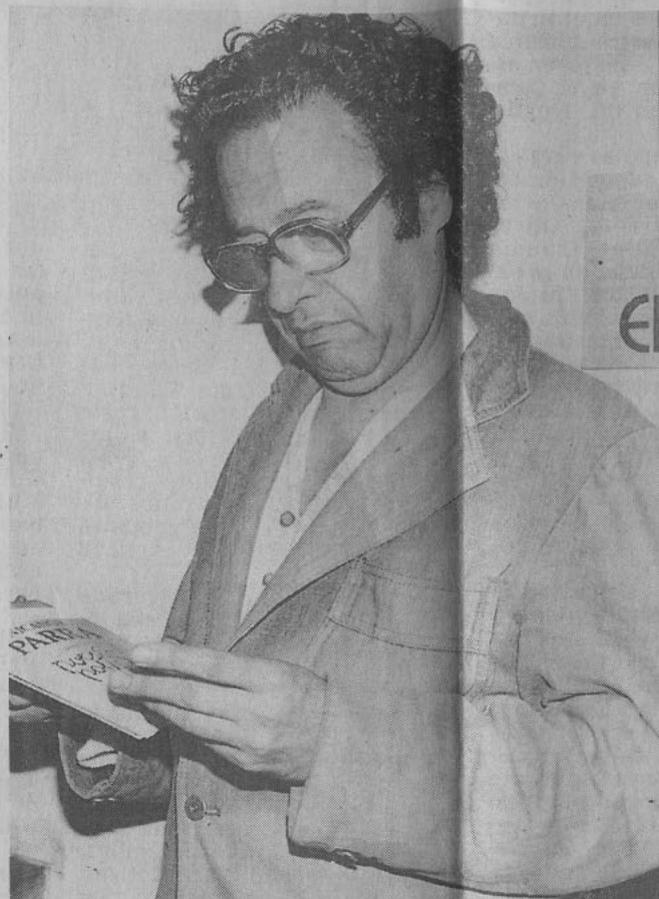
Después de estas instantáneas existe un prolongado transcurso en que lo perdí de vista, tras ser dados de baja Edgar y yo de la Escuela Militar por mala conducta, y —luego de pasar cierto tiempo— irnos cada cual al extranjero en pos de no sabíamos qué metas, uno a San Francisco y el otro a Buenos Aires. La única certeza que teníamos era que el país nos aburría en su larga siesta de adobe. En dicho período, el poeta empezó a colaborar en diversas publicaciones, en la revista Pro Arte, dirigida por Enrique Bello, donde escribió acerca del danés Jensen; en los Anales de la Universidad de Chile, en que dio a conocer el primer ensayo, sobre la obra de Nicanor Parra, hasta que en 1955 editó su segundo libro, "Poemas de este tiempo y del otro". Entre ambos, dejaría inédito hasta hoy "Día a Día", fechado en 1952, compuesto de cuarenta textos aproximadamente, si bien dos o tres fueran incluidos en el último. Durante esos casi diez años, en que no supe nada más de Enrique, excepto lo que a veces me enteraba de él por casualidad,

ocurrieron muchas cosas, entre éstas la revolución cubana, la cual se proyectaría sobre todo sin dejar de nutrir el biografismo existente en su poesía, en el pensamiento crítico, próximo al marxismo, que comenzaba a perfilar en los trabajos de análisis literario e, incluso, en los cuentos. Léase al respecto, por ejemplo, el ensayo "Definición de un poeta".

A diferencia del intelectual de partido, disciplinado por el sistema cerrado de una posición, demostraría desde la primera hora ser coherente con el espíritu de la letra. Ayudaría a Lihn en ese compromiso su lucidez creadora, dispuesta a asimilar los distintos aportes de la cultura, pero más que nada lo auxiliaría el soporte ético de su conducta y, si leemos el significado prosístico de su poesía, podemos advertirlo. Nunca esa subjetividad, incluso en "La pieza oscura", fue huida o refugio a través de la palabra. En el artículo "Alone, no", publicado en 1964, hallamos la voluntad del escritor de desmitificar a alguien como Díaz Arrieta, del mismo modo que prefigura lo que realizaría en un folleto años después, ante Ibáñez Langlois en 1983, bajo la coincidencia más o menos normal que, tras el anticomunismo reaccionario del primero, sucediera en la crítica canónica de "El Mercurio" alguien como el siguiente, parecido pero más incisivo, cuyo dragado del estructuralismo el poeta cuestionaría quizá, visto desde hoy, con excesiva dilación. El dato referido ayuda a mostrar la coherencia de su postura que, desde la subversión que representaba entonces el criticismo marxista, tanto frente a la derecha como a la izquierda, mantuvo hasta el final al transformar aquel conjunto de valores en un juego abierto y multiparo como lo demostró, si hacemos historia, en sus escritos posteriores a 1970 y, en particular, durante los años de la dictadura.

Duelo escabullido

El tercer recuerdo que tengo presente, en apariencia propio de una as-



Enrique Lihn.

BORDANDO CON UNA SEGUIDILLA DE RECUERDOS, COMO QUIEN REARMA UN ESPEJO ROTO, EL AUTOR REVELA PARTICULARES IMÁGENES DE LA OBRA Y LA VIDA DEL POETA ENRIQUE LIHN.



Junto a Teillier, con quien se batió a duelo.

A diferencia del intelectual de partido, disciplinado por el sistema cerrado de una posición, demostraría desde la primera hora ser coherente con el espíritu de la letra.

tracana, nació como resultado de un embrollo sentimental que enfrentó al poeta con otro poeta, Jorge Teillier, una de las voces importantes de la generación del cincuenta. El hecho es que, a pesar de estar lejos del entuerto, me vi una tarde en la obligación moral de acompañar a Jorge a la Quinta Normal bajo cuyas calles de árboles, pobladas de acacias y de nogales, había pactado con Enrique batirse a duelo de pistola. No niego que, a pesar de las aprensiones, tenía cierta curiosidad en observar qué ocurriría en el lance. Como diría el insidioso Gerardo de Pompié, el destino supo guiar los pasos de los contendientes y, a medida que oscurecía la tarde de noviembre en los jardines del antiguo parque, cada cual se fue alejando del otro hasta que, llegado un instante, plena noche ya, las partes optaron por una honrosa retirada ante la ausencia del otro duelo. El cisne tenebroso que es el lector, como señala Borges, se preguntaría a qué viene todo esto. A mí tampoco me resulta claro si lo separo de las intermitencias de la memoria, pero aventuro que dicha escena ayuda a fijar otra imagen más del poeta Lihn, importante como un texto literario,

pues muestra la conducta romántica del personaje, lindante a veces con la parodia gracias a la autoironía de su conciencia. Perfila al Gerardo de Pompié que devendría en sus novelas, am Lihnpier en otras palabras. Por entonces, había publicado los libros "La pieza oscura" en 1963, "Agua de arroz" en 1964, como así también diversos artículos en que se referiría a la pintura de Pablo Burchard y de Pedro Luna, preocupado, además, de la poesía de Carlos de Rokha y de Nicanor Parra, cuando así su atención en este último. En 1965, quizá me equivoque de año, Enrique ganó el Concurso Nacional de Cuentos del diario "El Siglo" con el relato "Cama florida", el cual este servidor, tras obtener más adelante dicho premio, lo acompañó a la zaga en esa oportunidad mediante unas páginas, prescindibles hoy de leer, que él ilustraría con un bonito collage acerca del horror. Esta circunstancia sirvió para estrechar la relación, dudosa ante la participación que me había cabido en el fallido duelo en la Quinta Normal, que se expresó de ahí en adelante en un diálogo cada vez más abierto y personal, donde comencé de verdad a conocer al poeta que tratara cierta tarde de domingo, hacía quince años, en el Estadio Militar.

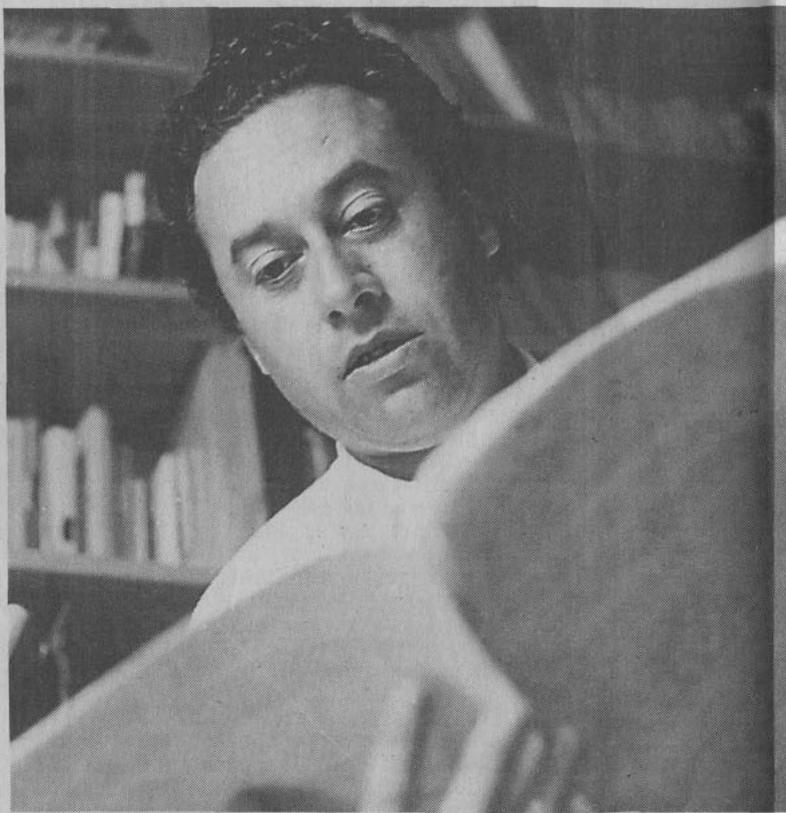
La siguiente remembranza que puedo hacer de Enrique Lihn guarda relación también con algunos aspectos pertenecientes a la escritura invisible de su vida que, desde luego, no se encuentran anotados en ningún lugar. Corresponde a las páginas de la memoria, tales como los momentos ya descritos que, fáciles de calificar como anecdóticos, poseen, sin embargo, al igual que en la técnica de la fotografía, la función del revelado. Sin este procedimiento, señalan las técnicas de laboratorio, no hay imagen patente y real, excepto el fantasma incorpóreo dormido en la superficie del negativo. Baudelaire, como se sabe, odiaba la fotografía, pues reemplazaba, según él, a la memoria. Enrique, entretanto, no la rechazaba, pero le costaba entenderlo, inepto como era en la vida ciudadana, que para salir en la foto no había que moverse. Resultaba necesario, sobre todo en Chile, permanecer quieto y, sobre todo, sonreír, demostrar ante el mundo que se estaba conforme. Casi siempre nos juntábamos, a mitad del camino entre su casa y la mía, en el bar llamado Kika, en la avenida Tobo lababa casi con Providencia, que el cataclismo de las demoliciones aún no había convertido en carne de picota. Por entonces, él vivía en la calle Marcel Duhaut, la casa de sus padres, adonde arribaría hasta casi cincuenta, avergonzado de la dependencia económica que sufría. El dinero no era su fuerte. En esas conversaciones vespertinas me debatíamos muchas de nuestras zozobras, casi siempre girando el tornillo rodado de la literatura, concluíamos inocentemente que la salvación era mandarse a cambiar del país: "Nunca salí del horroroso Chile", dice un verso de "A partir de Manhattan". Después de obtener en 1966 el Premio Casa de Las Américas por su libro "Poesía de paso", reescrito en buena parte según dictaba su amistad con

una dama de nombre Nathalie, decidió irse y, luego de residir un año o más en París, donde trabajó en cierto departamento de prensa del ente Radio-Televisión Francesa, viajó invitado a Cuba. Permaneció allí hasta finales de 1968 y colaboró en distintas actividades culturales. Durante ese período nos encontramos una vez en París y, acerca de ese encuentro, largamente conversado una noche entera de bistrós en bistrós, hay una referencia, crítica como es natural para el lector, al término del poema "El escupitajo en la escudilla", que aparece en "La musiquilla de las pobres esferas", publicado en 1969 a su regreso al país. Si el dinero no era su fuerte, tampoco lo era el éxito, en momentos que la literatura del boom latinoamericano estaba en su apogeo, y cual estrellas, refulgían los nombres famosos en las marquises.

Enrique era un marginal en el centro del mundo que, condenado a sobrellevar un destino ingrato, rehuía a veces con aspereza el posible camino de la felicidad personal. Su única certeza constituía la incertidumbre, desde donde pienso que iluminaba las orillas que lo rodeaban, fueran éstas espirituales o materiales. De ahí que siempre señalara la relación existente, al menos en él, entre el lenguaje y la experiencia, de cuya alianza nacía esa rama siempre verde (Flaubert) de la literatura que lo alimentaba. Aquel año de 1969 se celebró en Santiago y Viña del Mar, gracias al pacienzudo talento de Luis Sánchez Latorre, Filebo, un encuentro latinoamericano de escritores, donde Enrique brilló incordiante y polémico hecho una tea, dando razón a Armando Uribe Arce, quien indicara alguna vez que Lihn no daba puntada sin hilo.

Años de acción

La quinta imagen que guardo del poeta proviene de la anterior, ligada a la aparición de la revista Cormorán, en cuya labor tanto nos divertíamos a pesar del carácter *pane lucrando* de la actividad. Fue una publicación cultural distinta, pues no tuvo miedo a ironizar, a insertar en sus páginas el signo equívoco del humor, a desequilibrar el orden como pretendía sin titanicismo alguno, bajo una desesperación pequeño burguesa ñuñoína y, en consecuencia, casi chejoviana. Buena parte de esos números se hicieron en casa de Paulina del Río, musa entonces del poeta, adonde también llegaban los amigos a entonar el canto de la vida como en una ópera italiana. Quizás el logro principal de Cormorán, al menos para el binomio cacofónico que dirigía la gaceta, fue la sibilina aparición de Gerardo de Pompier, un foliculário de tomo y lomo como lo demostraría. Era el Otro que necesitábamos a modo de un doble o, mejor dicho, dado el caso, de un triple, pues quien escribía era el efecto ilusionista de un ventrílocuo que, a su vez, no era el personaje verdadero. El único que adivinaría la trampa sería el lector viñamarino Juan Luis Martínez, en secreto hasta entonces como poeta. La revista nació encenque económicamente ya que el auspiciador, la Editorial Universitaria, esperaba la colaboración de sectores públicos, lo cual nunca ocurrió a cabalidad, acaso por la desconfianza que creábamos. Su existencia, por tanto, fue efímera y murió tras editar nueve números, justo cuando comenzaba el gobierno de la Unidad Popular. Su consecución era improbable pues no ofrecía garantías a ningún partido político ni servía a nadie dado su perfil



"El circo en llamas", libro póstumo de Lihn, será lanzado el próximo 30 de abril.

Enrique era un marginal en el centro del mundo que, condenado a sobrellevar un destino ingrato, rehuía a veces con aspereza el posible camino de la felicidad personal.

iconoclasta, situada entre los fuegos cruzados de una derecha engeuecida de odio que sólo deseaba reventar el proceso y de una izquierda reduccionista cuyos agentes culturales, hoy algunos hijos pródigos del orden establecido, amparaban su oportunismo bajo una conducta sectaria. Enrique no vivió en aquel entonces sus mejores días. Dentro de las frustraciones personales que le sucederían, cabe mencionar el fracaso que sufrió al hacerse cargo de Nueva Atenea, en reemplazo de la añeja revista de la Universidad de Concepción. Su línea fue cuestionada de reformista por los estudiantes, quizá con justicia, si se recuerda la página editorial de su primer número. Más adelante, llevado por el deseo de participar en el proceso, trató sin éxito de colaborar como asesor literario en la Editorial Quimantú y, durante un corto tiempo, prestó servicios de manera casi humillante en la Corporación de Fomento de la Producción, Corfo, donde realizó algunas tareas culturales, entre ellas el montaje de una exposición acerca de Chiloé. Sus amigos de entonces eran, entre otros, Pedro Lastra, Mauricio Wacquez, Jorge Edwards, Federico Schopf, Cristián Huneeus, Waldo Rojas, y, a pesar de los tropiezos, le gustaba divertirse, como el payaso de antaño de las veladas bufas del Teatro Municipal, en un medio que lo respetaba. Arrinconado, sin embargo, en una difícil posición ideológica que describiría en el libro *La cultura en la vía chilena al socialismo*, a raíz del llamado caso Padilla, el martes 11 de septiembre de 1973 lo sorprendió a punto de publicar *Album de*

toda especie de poemas, pero que la vesania del momento llevó a la editorial a autocensurarse y dejar de lado dicha obra. Una desaparición más, solucionada recién en 1989, un año después de su muerte, al ser impresa en España.

"El arte de la palabra"

El sexto recuerdo que tengo del poeta no deja de ser una mixtura de conversaciones mantenidas con él a través de los años siguientes, de pasajes de cartas, de comentarios de amigos viajeros, y, por qué no, de interpretaciones que me he formulado de esto. Constituye, en consecuencia, un recuerdo hecho de distintos materiales, donde es posible que la memoria invente y, tal vez, sin faltar por completo a la verdad. Los años de plomo que continuaron después de la instauración de la dictadura, significaron para Enrique el ingreso en la cautividad que vivían millones de chilenos. Si no se exilió, deduzco, se debió a razones exclusivamente familiares. La situación que vivía el país hacía imposible cualquier práctica cultural anterior, pero gracias a la ayuda de que meses antes del golpe militar le prestara el escritor Cristián Huneeus, había ingresado como profesor al Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile, donde pudo perseverar como literario, no encuentro otra palabra mejor, gracias al ambiente intocado de dicha entidad. De acuerdo a sus preocupaciones académicas, ésta no representaba un peligro para el régimen. El monstruo estaba lejos de entender, en su dominio totalitario del

país, que, tras las paredes de la casona de la avenida República, la literatura en su claustrofilia obligada podía generar espacios de libertad e investigación. Pero el Lihterato del momento no sólo era eso. Así como luego dio paso al novelista de *La orquesta de cristal* en 1976 y de *El arte de la palabra* en 1980, en que desarrollaría con mayor o menor fortuna al personaje Gerardo de Pompier, apareció más tarde el articulista de prensa, a quien el mausoleo de la censura debió conceder una mayor libertad de expresión. Escribió muchas cosas que están reunidas en este libro. Sus viajes al exterior no escasearon entonces, productos la mayoría de invitaciones de universidades y de congresos que nunca faltaban, los cuales permitieron que nos viéramos en Barcelona en distintas oportunidades y charláramos sobre lo humano y lo divino.

Resultaba un buen conversador y, a través de esa palabra escéptica, pero a la vez febril, era posible interpretar mejor la nueva vuelta de tuerca que estaba ejecutando al convertir el escenario ya tenso de su poesía en una carpa en llamas, en una trágica parodia ciudadana. Conformaba a ojos vistas una retórica cada vez más prosística y barroca, dilatada por un verbo en ignición que, aparte de tragarse a las fieras, a los saltimbanquis, a las ecuyeres, a los domadores, pertenecientes a ese circo nacional, sito en el paseo Ahumada o a los pies de la Virgen, comenzaba también a devorar al autor en su propia tinta. Este parecía rogar, bajo el repiqueteo de las latas de aquel desamparado de la primera calle de Chile, presente en el poema "Tocan el tambor a cuatro manos", Virgen, no me dejes caer en la indiferencia.

La última imagen que conservo de Enrique no deja de ser, como el recuerdo anterior, un cabo suelto difícil de unir a la encuadración, hecha en cartón, como en el colegio, de este posible álbum de fotos vivientes. Un día se enfermó de cuidado. Poco tiempo después sufrió una intervención quirúrgica que sólo fue un respiro, pues más adelante la dolencia reapareció. Por ahí guardo una carta suya, poco antes de morir, en que se despedía de mí, casi pidiendo disculpas, por el patetismo que contenía la misiva. Durante la etapa terminal llevé, como se sabe, un diario de vida que era de muerte, publicado más tarde bajo el cuidado de Adriana Valdés y Pedro Lastra. Cuando regresé del exilio en 1992, comprendía de antemano que echaría de menos al amigo entrañable y que el tamaño de su ausencia, al recorrer los lugares de antaño, corrompidos por la modernidad como observaba, me penaría. Había también en este ruidoso baldío un Chile evaporado, pleno de fantasmaquias a la luz del sol, pues nuestros pasos no venían del exilio sino del pasado remoto, al igual que la mujer de sal de Lot. Pero lo que no alcanzaba a darme cuenta era de que con su desaparición se extinguía en las letras una voz que acompañaba, junto a su alta calidad poética, una impar lucidez crítica, posible de encontrar en un primer círculo de referencias, si miramos hoy hacia atrás en la literatura chilena, en la Mistral, parcialmente, y, por breves momentos reflexivos, en Huidobro y en Neruda. En una segunda órbita, latinoamericana, en Vallejo, en Borges, en Lezama, en Paz. Hoy esa percepción me parece más transparente, sobre todo luego de la lectura previa a esta labor recopiladora, donde aprendía a co-

nocer mejor la obra crítica del autor, en especial aquella cuya información me resultaba fragmentaria debido al hecho de haber vivido afuera. Ahora bien. La preparación del libro no ha sido en extremo ardua, a pesar de que buena parte de los trabajos se hallaba dispersa, arrinconada por allí, en distintas fuentes bibliográficas, tanto nacionales como extranjeras. El conjunto está formado, cabe señalar, por los trabajos que pertenecen al espacio estrictamente literario, dejando al margen aquellos que Lihn escribiera dedicados al cine, la plástica, el teatro. Estos serán materia, más adelante, de otro libro. Se han recogido también, luego de indagar en el archivo personal del poeta, gracias a la buena voluntad de su hija Andrea, diversos textos inéditos que no podían quedar así. Junto a esta tarea se ha limpiado en el contenido, sin tocar en absoluto algo de importancia, las erratas que existían en las páginas originales y algunos lapsus cálamí productos de una pluma rápida. Se ha pretendido además, en beneficio de una mejor fluidez, atemperar los saltos formales, propios de una obra elaborada a través de los años y en distintos medios como son, por ejemplo, los subtítulos internos, las señalizaciones tipográficas, los cambios de formato en las citas, etc. Se han agregado por último, a pie de página, algunas acotaciones destinadas a facilitar la mejor comprensión de ciertos pasajes del libro, permitiéndome en ellas dos o tres licencias. En definitiva, la labor auxiliar ha sido mínima, pues la obra al reunirse hablaba por sí misma, coherente en su discurso, de una relación interna entre las partes que, desde un punto histórico y estético, ensamblaban armónicamente al igual que en una partitura. Vuelvo hacia atrás para terminar.

Cómo iba yo a adivinar en 1950, en medio de las fanfarrias que me rodeaban, que muchos años después estaría escribiendo estas líneas dedicadas al amigo que fue Enrique. La palabra jamás tendría poco énfasis si la empleara al respecto. El pensamiento se me desbarraaba entonces en las expectativas inmediatas de un adolescente de la época que, a pesar de vestir el uniforme militar, se alimentaba como tantos de ensoñaciones pueriles, de experiencias reales, pero, en particular, de la idea bullente de que éramos inmortales y el futuro; en consecuencia, algo que se confundía con la eternidad. Estaba lejos de calcular algo, excepto tal vez que a la semana siguiente estrenaban en una sala del centro una película de James Dean o que en la fiesta próxima donde las canciones de Brenda Lee llenarían la noche de suspiros. No podía conjeturar que, un día lejano, casi al terminar el siglo, trataría de capturar un recuerdo y, luego otro, como quien rearmar un espejo roto, de esas imágenes particulares acerca del poeta Lihn. Habiéndolo conocido por azar una diáfana tarde de marzo en el Estadio Militar, en medio de unos jardines prolijos, adornados en los bordes por unas disciplinadas hileras de piedras coloreadas de blanco, de acuerdo a la incomparable estética castrense, nunca hubiera pensado en esos instantes, mientras lo observaba como a un pájaro raro, que formaría parte de mi biografía, pero sobre todo de la memoria de sus futuros lectores.

Prólogo del libro "El Circo en Llamas", de Enrique Lihn, de próxima aparición, publicado por LOM Editores. El lanzamiento del libro será el próximo 30 de abril en la Biblioteca Nacional, a las 19:30 horas.